DESAJUSTES EN LAS CONCEPCIONES DE LA RACIONALIDAD POSITIVISTA LÓGICA Y ANARQUISTA METODOLOGICA: L. San Bruno de la Cruz.

Putnam ha examinado -en textos anteriores a estas conferencias de los que nos hemos empapado en pesquisas anteriores - el funcionamiento de ítems conceptuales como `oro ´ `agua ´ , los bautizados como términos de géneros naturales, concluyendo que la extensión de tales términos no queda necesariamente delimitada bajo una serie de reglas semánticas o bajo cualquier otra batería normativa institucionalizada. Una batería de reglas permite reconocer a ciertos objetos como ejemplares, auténticos paradigmas, pero las definiciones institucionalizadas de tales ejemplares pueden resultar ser falsas, es posible físicamente que tal y cual objeto habiendo superado afirmativamente las pruebas aceptadas racionalmente por la comunidad de expertos no sea el ejemplar que parece ser. Las pruebas aceptadas, los tests institucionalizados son los que deberían garantizar y/o justificar el que ciertos objetos sean o no sean de un cierto género natural. La naturaleza última (esencia), la semejanza suficiente están implicadas tanto en la determinación del ejemplar como en la situación contextual en que se especifica tal y cual género natural. La decisión sobre qué es oro viene dada por su número químico, la conducta formal del oro queda necesariamente subsumida en su estructura componente. La fórmula química del género natural define su naturaleza - esencia. Esto ha sido un descubrimiento de la química moderna posibilitado por el milenario interés de distinguir lo que era realmente oro de lo que no era. En otras palabras, desde la Antigua Grecia hasta nuestros días el significado de un término de género natural como `oro ´ denotaba aquellos objetos cuya composición última (naturaleza esencia) fuese idéntica al ejemplar paradigmático previamente aceptado (institucionalizado). Los ejemplares sobre los géneros naturales podrían hacer pensar que la racionalidad sería susceptible de ser definida en un ejemplar paradigmático de racionalidad. En esta tesitura, lo que es racional aceptar queda definido por una teoría ideal de la racionalidad en que se estipulan las condiciones necesarias y suficientes que ha de exhibir una creencia para quedar circunscrita como racional dentro de los márgenes teóricos diseñados; y , en cualquier estado contrafáctico posible. Que el agua sea H_2O significa que aquellos objetos que se ciñan a tal algoritmo químico pertenecen a tal género natural, independientemente de las normas racionales aceptadas en una u otra cultura. La cuestión que se plantea Putnam es si pueden

encontrarse leyes generales y universales que posibiliten hablar de lo que constituye una "creencia racional justificada". Pero como el profesor de Harvard comenta: "La propuesta de considerar `racional ´ `razonable ´`justificado´, etc., como términos de géneros naturales, tropieza con la dificultad general de que las perspectivas de encontrar generalizaciones poderosas con respecto a todas las creencias aceptables no son muy halagüeñas"· (1).

No obstante, pueden establecerse ciertas similitudes entre una búsqueda científica y una búsqueda filosófico-moral. Una teoría de la racionalidad de rasante filosófico moral trata de especificar los caracteres de las creencias que serían racionales, que estaríamos justificados a aceptar como racionales. Pueden, bajo el enfoque de Putnam, verterse una serie de desiderata para la edificación de una teoría moral que son cuasi – coextensivos a una teoría de la racionalidad de pretensiones cientifistas. Los desiderata que han de satisfacer un sistema moral puede exponerse como tales satisfaciendo un sistema procedimental interesado en la búsqueda del perfeccionamiento de la naturaleza de la racionalidad. En parágrafo del autor que nos ocupa " ... la objetividad de los principios éticos ... está relacionada con cosas como la magnitud de su atractivo, la capacidad para oponer resistencia a ciertas clases de crítica racional, ... la viabilidad, la identidad y, por supuesto con lo que se siente en realidad al vivir o tratar de vivir a su amparo" (2).

El conocimiento que constituye el genuino conocimiento moral se vértebra en la imaginación y sensibilidad como las directrices fundamentales del razonamiento práctico. La suposición de que la moral es pura subjetividad; y, la creencia que instrumentaliza el razonamiento práctico como selección infundada o puramente arbitraria medios – fines es una creencia no solo falaz, sino negativamente destructiva tanto para la moral como para todos los ámbitos de la cultura humana.

En el siglo XX se han ofertado dos concepciones de la racionalidad. Una de esas concepciones , edificada en el siglo pasado , la configuraban los positivistas lógicos quienes creían que la justificación racional habría de quedar confinada bajo una batería de reglas lógico – formales, lo cual no es sino una metodología capaz de explicar la lógica implícita en la conducta científica. La lógica del método de la ciencia, la metodología de la ciencia, clausuraba el sentido de la naturaleza de la racionalidad, esta quedaba expuesta lógica - formalmente en un sistema de reglas. La batería de reglas lógica – formales agotaban el

ámbito de significatividad. Una creación era cognitivamente significativa si era contrastable empíricamente a través del método de verificaciones de la ciencia. "El significado de una oración es su método de verificación", esta presuposición onto – semántica de los empiristas – lógicos les permitía reducir los enuncias propiamente cognitivos; es decir, con significado, a los matemáticos, a los lógicos y a los de las ciencias de la naturaleza; las demás proposiciones eran disfraces cognitivos, pseudo- proposiciones. Ahora bien, los positivistas estaban ejercitando un supuesto, el criterio de significado, que el mismo no era ni un enunciado analítico, ni un enunciado capaz de ser contrastado empíricamente. El empirismo se configuró como una paradoja ejercitada, el criterio de significación se autofagocita , se auto-refuta desde su propia práctica. No obstante, el movimiento analítico surgiría como el bucle de pensamiento magistral, el giro filosófico preciso y necesario para enterrar la tradición onto – gnoseológica. El método de verificación había quedado canonizado por la comunidad analítica como el criterio de significación de las proposiciones. La verificación de los enunciados era un requisito ineludible para hablar de la corrección de los mismos. La sociedad moderna entroniza la metodología de factura analítica. Expresado con Putnam: "Lo que puede ser verificado, en el sentido positivista, puede ser verificado como correcto (en el sentido no – filosófico o pre – filosófico de correcto) o como probablemente correcto, o como un éxito científico, según el caso, y el reconocimiento público de la corrección o de la probable corrección, o el status de la teoría científica exitosa, ejemplifica, celebra y refuerza las imágenes del conocimiento y de las normas de razonabilidad mantenidas por nuestra propia cultura" (3).

La metodología analítica de verificación se había institucionalizado, era el ejemplar autorizado por la sociedad. No obstante, Carnap había mostrado cómo las formas de verificación parecían quedar clausuradas en la privacidad inexpresable de la subjetividad sintiente. Neurath pretendió desencapsular el contenido subjetivo de las sensaciones, y adhería un carácter eminentemente público e intersubjetivo al método verificacionista. Popper cargaba el peso de la contrastación de las predicciones científicas en oraciones básicas (observacionales), oraciones consideradas como tales por la comunidad. Lo cual contexturaba una exigencia de convención social en la aceptación de enunciados básicos; es decir, el acuerdo en que se estipula comunitariamente las oraciones aceptadas como básicas, como juicios de percepción estandarizados. Dicho de otra forma, las normas de aceptación de enunciados se institucionalizan.

Wittgenstein iba; aún, más lejos y sostenía que sin la aceptación de normas públicamente compartidas por los grupos socio culturales, sin la aceptación de Lebens-form (formas de vida) la posibilidad de comunicación entre los sujetos, y el pensamiento mismo, quedaba en entredicho, se tornaba inviable. La oración `los niños no vienen de París ´ puede ser justificada epistémicamente por los científicos de n-formas, pero nada más obvio que acudir al hecho institucional que asegura tal trivialidad. Los planteamientos escépticos sobre los juicios de percepción ordinaria y la inducción de la vida cotidiana pueden sobreseerse con las formas de vida compartidas intersubjetivamente, es tal batería de normas institucionales la que nos garantiza el que los niños no vengan de París. Sin embargo, como subraya Putnam, cuando los esquemas conceptuales de las ciencias exactas entran a escena la situación padece un fuerte proceso de complejización. Las exitosas teorías de la relatividad y la mecánica cuántica no pueden ser verificadas por cualquier transeúnte, aunque domine una matemática suficiente para inteligir tales teorías. Normalmente, los científicos expertos en tales esquemas conceptuales explicitan las normas de aceptación de sus bloques teóricos. La comunidad de expertos comparte la creencia en el éxito científico de teorías como la relatividad y la electrodinámica cuántica, pero también reconocen la poca estabilidad teórica de los esquemas conceptuales, aunque vengan avalados por n – experimentos y produzcan predicciones exitosas.

Ha de tenerse en cuenta el eminente papel criterial / judicial desempeñado por la comunidad de expertos en las ciencias exactas. Los demás grupos son los que otorgan este rol funcional de autoridad intelectual competente en tal y cual rama científica. La comunidad elige a sus especialistas, a sus autoridades para que estas juzguen cuáles son las mejores teorías, y su capacidad judicativa, (las mejores teorías son estas) reside en esta forma institucionalizada, institucionalización avalada por las n-prácticas y n-ceremonias que han de superar los posibles expertos. Así pues, se estaría autorizado a considerar una creencia justificada o adecuada si soporta una prueba institucionalizada de corrección. Esto no ha de traducirse en la presuposición gratuita en la que toda la batería de justificaciones aceptadas en nuestra comunidad socio – cultural conforme verdaderas justificaciones. Una exégesis de Putnam sobre las tesis wittgenstenianas sugiere que una creencia puede afirmarse adecuadamente dentro de los léxicos en que se ejercita si tal creencia queda legitimada a

través de un haz de normas de verificación públicamente compartidas. La duda sobre esta interpretación radica en si pueden ser identificadas las Lebens-form (formas de vida) con las normas institucionalizadas de verificación. De lo que no ha lugar a ambigüedad alguna es el hecho de que el lenguaje es un elemento simbólico socio – histórico , una praxis social sujeta a reglas públicas compartidas, cuya fundamentación última (su autoridad epistémica) radica en el propio acuerdo de los interlocutores de usar como lo hacen tales y cuales reglas. La gramática del lenguaje es autónoma y convencional, su fundamento no puede ser ontológico, sino que es el mismo uso en su ejercicio colectivamente pactado el que se justifica a sí mismo. La significatividad de una expresión lingüística no queda legitimada ontológicamente por la existencia de esencias previas al mismo uso de las expresiones. Solo el uso de la expresión garantiza su significado, el uso queda convencional o consuetudinariamente fijado a través de reglas y criterios de utilización del propio uso de la expresión.

El movimiento positivista ha tratado de buscar una base inconcusa a sus proposiciones, un fundamento sólido para sus argumentos. La verdad de factura analítica, la verdad conceptual parecía convertirse en la candidata más apropiada en el asentamiento de los pilares de la fundamentación. Las reglas de la gramática eran consideradas analíticas, estas reglas (conceptualmente necesarias) han de establecer una frontera nítida entre lo que puede decirse correctamente y lo que solo es un embrollo conceptual sin-sentido. La publicidad normativa – institucional de las reglas del lenguaje permitía eludir las objeciones escépticas sobre la privacidad de los juicios perceptivos y la inducción ordinaria. El optimismo generado por la corriente analítica de la filosofía sería objeto de fuertes confutaciones que harían zozobrar las pretensiones del "viraje radical de la filosofía".

Según Putnam, los filósofos del lenguaje ordinario compartían una noción criterial de la `racionalidad ´ en la que lo que puede decirse correctamente (lo que sería racional aceptar) venía dado, estipulado o definido por una serie de normas públicamente compartidas. Una filosofía del lenguaje ordinario podría no apelar a la verificación institucional si fuese posible investigar, no empíricamente, las reglas de uso de las expresiones lingüísticas. Una concepción semejante sería de factura fenomenológica - trascendental, una auto – cognición de las reglas que gobiernan la gramática poniendo fuera

de juego el mundo. No es un conocimiento inductivo el que ciertos usos del lenguaje , en los que uno es un interlocutor ordinario, sean o no correctos. Podría suponerse una especie de acceso privilegiado en casos ciertamente restringidos, pero de aquí no se puede pasar a la generalización de la corrección o incorrección en las reglas de uso de las expresiones lingüísticas. La conclusión de Putnam: ... "No veo ninguna razón para creer que las normas de uso del lenguaje decidan la extensión de predicados como `racionalmente aceptable ´ `justificado ´, `bien confirmado ´ y otros parecidos" (4).

La tesis positivista `el significado de una oración es su método de verificación ´, y la tesis de los filósofos del lenguaje ordinario `nada es racionalmente aceptable excepto si es criterialmente verificable ´ son paradojas ejercitadas, se autorrefutan. Ni la filosofía del lenguaje ordinario, ni los lógicos de la ciencia, como así se autobautizaban los positivistas lógicos, ni ningún posicionamiento filosófico es susceptible de una verificación criterial insititucionalizada clausurada-conclusiva. Si una creencia, una proposición, una actitud proposicional solo puede ser dicha con corrección o ser racionalmente aceptada si supera afirmativamente la verificación criterial institucionalizada, el que esto sea así, no puede ser un argumento susceptible de verificación público – criterial, no es, en suma una tesis filosófica que sea correcta decir o racional aceptar. La tesis se auto- refuta, se auto- fagocita desde su mismo ejercicio.

La racionalidad no puede quedar confinada en una batería de normas aceptadas por la comunidad. La misma suposición de que una serie de reglas determinan lo que es racionable aceptar no podría ser fundamentada en modo alguno. La corrección de los argumentos no ha de quedar encapsulada a la autoridad de normas institucionalizadas que fijan tal corrección. En los debates filosóficos se dan argumentos y contraargumentos, ejemplos y contra ejemplos, justificaciones y contra-justificaciones, pero la decisión de qué argumentos son racionalmente aceptables y justificables no depende de las normas públicas, de las reglas de uso compartidas en los juegos léxicos que ejercitamos en la actividad de hablar y argumentar. En palabras de Putnam: "Si es que existe tal cosa como la racionalidad y nos comprometemos a creer en alguna noción de racionalidad al tomar parte en las actividades de hablar y argumentar entonces la actividad de argumentar a favor de una posición que la

identifica a (o la convierte en un subconjunto) lo que las normas institucionalizadas determinan ya como instancias de racionalidad, es una actividad que se auto – refuta”. (5).

Bajo la exégesis de Putnam , positivistas y filósofos del lenguaje ordinario, en uno u otro modo, concebían la labor de la filosofía como un análisis conceptual. La tesitura doble en que los conceptos son los que autorizan la corrección de los argumentos ; y , los conceptos son reglas gramaticales profundas insertadas en los juegos léxicos públicos, era la catapulta doctrinal que permitía concebir la justificación racional de los argumentos filosóficos como eminentemente criterial ; tan es así, que la verdad de una proposición filosófica era verificable públicamente de una forma similar a como lo eran las proposiciones de las ciencias de la naturaleza. Los positivistas se cercioraron de que su tesis `el significado de un enunciado es su método de verificación ´ era un enunciado carente de sentido cognitivo, no tenía condiciones veritativas, y se exhibía como una propuesta pre – analítica usada para analizar el significado de los conceptos. Esta propuesta pre – analítica parecía contener un alcance trascendental de raigambre crítico – Kantiana no problematizada. La actividad racional de hablar y argumentar requiere una noción filosófica más rica que la de `justificación
´ de corte positivista y de `verificabilidad criterial institucionalizada ´. Los argumentos que se ofrecían para defender el principio de verificación no solventaban el que la naturaleza de este mismo principio quedara demarcado en el ejercicio mismo de su enunciación, en el ámbito de la ilusión cognitiva, en el local demarcado como no- significativo. Argumentos como el de Reichenback que suscribía una forma del principio de verificación como una regla metodológica de textura abierta o como el de Carnap que lo concebía como una propuesta electiva, como una reconstrucción racional, argumentos como estos rezuman un humus trascendental del que presuntamente parecían haberse desembarazados los empiristas lógicos del Círculo de Viena y todos los filósofos de inspiración marcadamente post-positivista. De este modo, los positivistas ejercitaban una paradoja de la que no supieron desembarazarse: practicaban una metodología verificatoria no pasible de verificación , el supuesto de los lógicos de la ciencia se constituía, desde su génesis, como un supuesto genuinamente gnoseológico – trascendental supuesto que usaban para enterrar las ficciones nacidas de los supuestos gnoseológicos.

Una segunda concepción de la racionalidad se originó con la puesta en escena de las tesis de Kuhn promoviendo una serie de adherencias y reacciones críticas en la comunidad de pensadores que ningún teórico del conocimiento, ni filósofo de la ciencia, estaba en condiciones de eludir sin abordar, mínimamente, las aportaciones meta – científicas examinadas en `La estructura de las Revoluciones científicas ´ . Kuhn destacaba cómo en el proceso de constitución misma de la racionalidad se respiraba un aire elemental no racional, la aceptación de una teoría parecía estar relacionada más con cambios gestálticos y conversiones que con una justificación racional en su más genuino sentido. En obras posteriores, Kuhn introdujo una concepción no – paradigmática de racionalidad, sino basada en la noción de `ejemplar ´para explicar las elecciones teóricas.

Feyerabend radicalizó las orientaciones kuhnianas y afirmaba que las elaboraciones paradigmáticas de la racionalidad dependían de patrones epócales y culturales. Más aún, lo racional venía definido por lo que cierta comunidad en cierta época consideraría no racional aceptar. En tal exégesis meta – científica, Putnam subraya como la racionalidad instrumental tecno - científicamente desarrollada en el siglo XX europeo parecía carecer de fundamento, de una justificación, era como un asiento en una ciénaga. Las reglas metodológicas, ejercitadas sin más, desproblematizan el que se ejerciten sin especificar cómo se han adoptado, supone, tal falta de especificidad, alejarse de cómo se suceden las revoluciones científicas en su propia historicidad. Parecía como si en la ciencia todo sistema de reglas constriñese. Cercenar las reglas o vaciarlas llevaba a Feyerabend a un radical anarquismo epistemológico o a la vacuidad no – constructiva de su peculiar regla `anything goes ´ . La ciencia y la razón son desbancadas de sus privilegiados fundamentos y “puestas en solfa”.

Putnam piensa que el anarquismo metodológico – epistemológico se encuentra en la misma situación que el principio de verificación positivista, es una postura que se auto-fagocita, se autoliquida. La discusión se vertebrará sobre la tesis de la inconmensurabilidad , una tesis que afirma que los términos conceptuales no preservan ni su referencia, ni su significado a lo largo del tiempo y el espacio cultural. Culturas diferentes en tiempos diferentes hablan, paradigmáticamente, de mundos diferentes. No obstante, es un hecho generalmente admitido la posibilidad de traducción intro – lingüística y también

interlingüística. Si tal tesis fuera correcta no podríamos interpretar lo que dirían otros individuos con una lengua diferente, incluso no podría traducirse un concepto como el de `movimiento ´ usado por nuestros propios antepasados culturales. Nuestros pares culturales, ya sean en el espacio próximo, ya sean remotos en el tiempo, tendrían que ser considerados como mamíferos que responden a los condicionamientos de Paulov, profieren ruidos que se asemejan a vocabularios inteligentes. Con Putnam: "Decir que Galileo poseía nociones que son inconmensurables con las nuestras, para seguidamente describirlas con detalle, es algo totalmente incoherente" (6).

Quine y Davidson han teorizado sobre el problema del significado y las prácticas de la traducción. Se parte del hecho de la comunicación intersubjetiva y la traducción, es decir, la interpretación es un hecho, (existe la posibilidad de entender, si no todas, la mayoría de las emisiones lingüísticas de otros hablantes) y se pasa a teorizar las condiciones de posibilidad de la interpretación, lo cual no es sino un esquema trascendental a la Kant. Se pueden traducir los textos galileanos. Los criterios usados en la traducción son contextualmente interesados, pero es un sin - sentido argumentar que en nuestro contexto interpretativo no podemos realmente referirnos a lo que se refería Galileo cuando emitía sus expresiones lingüísticas. Lo que sostiene Putnam es que no puede defenderse el que existan criterios de identidad extensional o criterios de identidad intensional independientes de nuestras reglas de traducción y de nuestro sistema de reglas (metodología) de adecuación empírica , de nuestras propias reglas de traducción. Afirmar que un esquema de traducción no capta la intensión o extensión real del término original a interpretar produce un embrujo más, una intuición realista metafísica sin base, siempre es mejorable, en principio, un esquema de traducción que vaya perfilando las posibles ambigüedades referenciales. La sinonimia, en un sentido metafísico - realista, es una ilusión, tan solo existe una práctica estandarizada de interpretación guiada por nuestros propios usos interesados a la hora de la praxis interpretativa. La sinonimia se da "como una batería relacional de textura abierta" ejercitada para construir equivalencias entre diferentes expresiones, proceso de interpretación dirigido por los propios intereses del intérprete (de la comunidad de especialistas interpretantes) .

Putnam sugiere que la tesis dela inconmensurabilidad de inspiración Kuhniana y de radicalización Feyerabendiana se auto-refuta porque en ella se da una mezcolanza no

justificada entre concepto y concepción. No hay un hiato cristalino entre ambas (como en la distinción analítico – sintético exhaustivamente comentada en otros artículos de nuestra exposición), pero es necesario no confundirlas en las prácticas habituales de interpretación. Cuando se traduce un término como `movimiento ´ del texto de la física aristotélica, se estipula una equivalencia intensional – extensional con nuestro término `movimiento ´ habilitando las técnicas interpretativas precisas contextualizadoras. Traducimos un concepto del idioma griego clásico al castellano contemporáneo preservando una equivalencia conceptual; no obstante, las concepciones sobre el movimiento en la Grecia Clásica difieren medularmente de las concepciones de las físicas contemporáneas. En tiempos del" estagirita" la batería de creencias sobre el movimiento y su naturaleza eran diferentes a nuestras propias baterías credenciales, pero la disimilitud credencial no significa que no sea posible hacer buenas traducciones, interpretaciones correctas inter-lingüísticas. Es más, sin la posibilidad de interpretar `Kínesis´ o `motus´ como `movimiento ´ no podría saberse qué concepciones sostenían los pensadores greco – latinos sobre el particular. La misma práctica interpretativa, el traducir exitosamente, no implica que las concepciones epocales y/o culturales, sus baterías credenciales, sean ni siquiera semejantes a las nuestras.

De acuerdo con Putnam, para la traducción, para reconocer un esquema de interpretación adecuado, válido o correcto solo hemos de suponer una máxima metodológica de carácter general. La propia inteligibilidad del texto a interpretar. Este supuesto ha sido bautizado como el principio de caridad o beneficio de la duda en la interpretación. Como dice Davidson: "El principio de caridad desempeña un papel crucial en el método de Quine y un papel aún más importante en mi propia variante ... El propósito del principio es hacer inteligible al hablante ... "
(7).

De lo que se trata es de maximizar la humanidad de la persona que se traduce o interpreta. Es un hecho histórico – constitutivo el que las traducciones realizadas a lo largo del tiempo y a lo ancho de las numeras culturas hayan tenido éxito en mayor o menor grado, el único requisito necesario para la praxis interpretativa es considerar que las expresiones lingüísticas de los sujetos que estamos interpretando sean inteligibles, cuenten con algún tipo de sentido. Es un hecho general, como teorizara Wittgenstein, el que pueden establecerse modos comportamentales semejantes en los seres humanos, "una forma natural común de

reaccionar”. Solo es menester dotar de sentido, inteligibilidad; es decir, humanidad, a otros léxicos de otros seres humanos para iniciar una práctica de traducción mínimamente coherente. En palabras de Davidson: “Lo que hay que acentuar es únicamente la necesidad metodológica de encontrar la coherencia suficiente” (8).

En palabras de Wittgenstein: “ ... el modo común de actuar los hombres es el sistema de referencia por medio del cual interpretamos un lenguaje extraño” (9).

Como enfatiza Putnam, la tesis Kuhn – Feyerabend de la inconmensurabilidad de teorías no admite el ideal de convergencia en el conocimiento; su postura radicaliza el supuesto de que solo fluye instrumentalmente el progreso científico. No obstante, Putnam arguye que sin presuponer ciertas conmensurabilidades ni siquiera sería inteligible el que la noción de `exitosidad instrumental ´ pudiere considerarse como estable. Intentar imaginar un mundo posible en el futuro carente de regularidades que pueden captarse, que pueden predecirse a través del conocimiento humano, supone modelar una situación contrafáctica idéntica a la de los cerebros en una tina, auto – refutativa. “Por ejemplo, cuando imaginamos bolas saliendo de una en una en algún orden irregular olvidamos que para poder decir siquiera que son bolas, o en qué orden salieron, tenemos que atenernos a muchas regularidades. La comparación presupone la existencia de algunas conmensurabilidades”. (10).

Para Putnam, este “hecho constitutivo de la experiencia humana”, hecho común compartido, esto hecho general de la realidad, como diría Wittgenstein, no podría ser rechazado; sin más, en una postura como la de Kuhn – Feyerabend, conmensurabilidad, interpretabilidad o traducibilidad o incluso el ideal de convergencia en el conocimiento humano podrían entenderse ejercitando un hiato entre un léxico teórico y un léxico observacional (fenoménico - perceptivo). Inconmensurabilidad solo existiría en las narrativas teóricas, pero este hiato entre léxicos es implausible porque las máximas caritativas en la interpretación son tan necesarias en una narrativa teórica como en una observacional. Las concepciones sobre el movimiento han variado medularmente en el espacio tiempo socio – cultural, pero sin un principio de caridad en la interpretación no podríamos estipular una relación de equivalencia en contextos habituales entre `Kínesis´ `motus ´ ; sin la máxima caritativa o sin el beneficio de la duda sería imposible construir oraciones con el término `motus ´ medianamente denotativa. Según Putnam, el hiato lingüístico o la dicotomía observacional – teórica viola el principio del holismo de significado. La interpretación de los

léxicos es holística; los ítems observacionales están preñados de teoría, la interpretación de las nociones observacionales depende de la interpretación de la noción observacional, y viceversa. La labor hermeneútica se constituye como una praxis holística, tal praxis exegética diluye la dicotomía términos observacionales – términos teóricos en su propio ejercicio conjugado de interpretación.

Putnam esgrime un argumento trascendental, un "Kantismo desmitificado sin cosas en sí ni yoes trascendentales". Tratamos con la humanidad en sus diferencias espacio – tiempo socio culturales, y esto significa ligar a sus discursos la coherencia suficiente como para poder compartir referencias y conceptos, aunque las concepciones sean cuando menos, desemejantes. Putnam, siguiendo a Wittgenstein, suscribe la idea de que un esquema interpretativo es legítimo en tanto reproduce las pautas conductuales de los otros, haciéndolas inteligibles desde nuestros propios cánones de racionalidad. Las diferentes formas de racionalidad, el que las concepciones sobre la racionalidad sean muy diferentes dependiendo del contexto y la historia, no significa que no pueda considerarse globalmente el mundo socio – cultural como un todo de sentido en el que se maximiza la humanidad en el que se cuentan con baterías credencias comunes sobre lo que es razonable aceptar. Lo que el profesor de Harvard esgrime contra los lógicos de la ciencia, ya sean positivistas, ejemplaristas o anarquistas metodológicos, es un argumento de estofa crítico – kantiano, un argumento trascendental vertebrado en la facticidad histórica en ejercicio de los saberes humanos, de las prácticas habituales de traducción y/o interpretación, desde la cual los demás son tratados con un mínimo de sentido en sus pautas conductuales socio – lingüísticas. Aún en la más exótica cultura humana, plagada de lo sorprendente y lo diferente para nuestros pares culturales, ha de operar la caridad exegética, caridad que aprecia tales diferencias sobre la base de una mínima comunidad de creencias e intereses compartidos por toda la especie en el planeta.

La relatividad global en los enfoques argumentales debe ser extirpada, es una postura implausible. Si todo el posicionamiento teórico – práctico es tan correcto, bueno o legítimo como cualquier otro, hablar desde una postura relativista total seria hablar desde ninguna perspectiva o desde todas las posibles porque todas estarían lastradas del mismo sino. En un diálogo, Protágoras afirma que p, debe entenderse como la proferencia `yo creo que p ´

y aunque `p´ puede sustituirse por un hecho tan trivial como el que la nieve sea blanca, cuando Sócrates o Platón o cualquier otro individuo exprese la misma proferencia `yo creo que p´ tendríamos una actitud proposicional diferente dependiendo del individuo que la haya proferido, mis creencias no son las mismas que las tuyas. Es verdad para Protágoras que la nieve es blanca, pero puede no serlo para otro personaje como Sócrates. La cuestión es que mis proferencias significan para mi algo distinto a lo que significan para otros cuando asertan lo mismo que yo he dicho . Platón pretende reducir al absurdo la posición del relativista impenitente. Si cada enunciado `p ´ significa `yo creo que p´ puede repetirse ad infinitum la actitud credencial en primera persona `yo creo que yo creo que yo creo ... que p ´ y esto parece un absurdo.

Mas la cuestión del relativismo , enfatiza Putnam, no puede clausurarse con el contra argumento esgrimido por Platón. La esencia del relativismo defiende el que cada actitud proposicional, cada cultura, cada narrativa cuenta con sus propios patrones de verdad y aceptabilidad racional. `Yo creo que p ´ está justificado o es correcto afirmarlo pertenece a los cánones relativos a un discurso de corrección o justificación, pero en el intradós de esa corrección se estipula como absoluto el que esto sea así. El que yo diga `yo creo que p ´ es verdadero o este justificando relativamente a un discurso, no significa que esta legitimación relativa a tal discurso sea, a su vez, relativa, "es en sí misma algo absoluto". Es decir, `p es verdadero ´ está justificado relativamente al discurso de y significa aceptar una noción absolutivizada de `verdad´ o `justificación´. Más, un relativista total sólo podría concluir que en sí mismo es relativo.

Wittgenstein reconstruye la argumentación platónica contra el relativismo de una forma precisa y cristalina. Putnam usa el argumento del lenguaje privado de origen wittgensteniano contra la posición solipsista metodológica que suscribe el que la noción de `verdad ´ es algo así como lo que racionalmente aceptamos, pero esta aceptabilidad racional esta únicamente autorizada en las experiencias privadas de las que cada cual (privadamente) tiene información cognitiva. La verificación de la proposición ` el cielo está grisáceo´ depende de mis experiencias internas, con lo cual cuando otro sujeto profiere la misma proposición `el cielo esta grisáceo ´ , la verificación solo depende de sus experiencias privadas. Cada proferencia en cada sujeto pensante tiene un significado distinto.

Wittgenstein mantiene que una postura como la descrita es un sin-sentido integral, un relativista no podría vertebrar una dicotomía entre "estar en lo cierto" y "creer que se está en lo cierto" , entre afirmar, asertar o proferir enunciados inteligibles y la producción psico – física de sonidos. Un relativista aceptaría una concepción de la verdad como "aceptabilidad racional idealizada" `p es verdadero para mí ´ si `p está justificado para mí ´. No obstante, la interpretación de los enunciados depende del intérprete. Un realista externalista diría que no hay tal relatividad interpretativa, puesto que la proferencia expresada sería verdadera o falsa independientemente de que sea justificado aceptarlo como racional por un intérprete. Tal perspectiva realista no podría ser adoptada por un relativista porque significaría reconocer un patrón absoluto de verdad. El internalismo mantiene que las oraciones con condicionales subjetivos se entienden captando las condiciones de su justificación. La verdad, como cualquier otra noción, queda captada como una "justificación idealizada". Parafraseando a Putnam: " ... aprehendemos cualquier otro concepto; por medio de una comprensión (en gran medida implícita) de los factores que hacen racionalmente aceptable decir que algo es verdadero". (11).

La perspectiva internalista aboga por una concepción de `verdad ´ como aceptabilidad racional, rechaza la teoría externalista de la verdad como representación de los hechos del mundo, pero este rechazo no ha de traducirse en una recaída en algún tipo de subjetivismo. Putnam, excelente relector de las argumentaciones de Goodman, defiende una noción de `verdad objetiva en condiciones ideales ´. Goodman concibe la verdad y aceptabilidad racional como englobadas en la noción de `corrección ´, la verdad quedaría descrita como una "cuestión de ajuste" . Elegir el predicado `verde ´ en vez del predicado `verdul ´ - noción que analizaremos en futuras pesquisas- es como un ritual de elección que ha significado un éxito profundo en el pasado y fracasos irrelevantes. Tal predicado permanecerá en uso mientras no suscite desprecio electivo y sea celebrado su éxito. La metáfora de Goodman deja traslucir una exigencia de justificación, pero tal exigencia como argumento último en que garantizamos que un test o procedimiento son correctos o incrementan la aproximación a la corrección, pueden mal entenderse si se concibe la justificación de los procedimientos más allá de su autoridad epistémica temporal. Mientras nuestros tests logran superar pruebas se confía en una especie de verdad eterna. Parafraseando a Goodman: "El que algo pase mucho y variados tests de comprobación puede incrementar su

aceptabilidad, pero lo que una vez fue masivamente aceptado pudiera no serlo la siguiente vez ... cabría salvar la distancia que existe entre la validez y todos los tests que pudieran plantearse para comprobarla si entendemos la idea de validez como aceptabilidad última ...” (12).

Como subraya Putnam , el entendimiento humano es “algo más” que la mera acumulación credencial verdadera, es descubrimiento y construcción – reconstrucción de ajustes de todo tipo. La distinción del relativista total entre `estar justificado decir p ´ y `creer que se está justificado decir p ´ es una distinción tan vacua que no puede ser habilitada ni para el propio mentor de la dicotomía, porque él mismo no podría trazar tal distinción si no presupusiera alguna forma de validez o corrección objetiva. Con Putnam: “El intento de usar condicionales para explicar la distinción entre estar en lo cierto y creer que se está “ en lo cierto fracasa porque el relativista no tiene una noción objetiva de corrección para estos condicionales, como no la tiene para ningún otro tipo de enunciado” (13).

La proliferación del positivismo y anarquismo en nuestro siglo parecía un campo petrolífero inagotable. Uno de los detonantes más característicos en el advenimiento de las corrientes positivistas fue el enorme progreso técnico gestado en el ámbito de la lógica deductiva. La lógica de primer orden fue totalmente sistematizada por Frege construyendo un algoritmo (procedimiento mecánico de prueba) que comprobaba de forma completa la teoría elemental de la deducción. La gran virtud del algoritmo Fregeano es que era autónomo con respecto a análisis semánticos y psicológicos, la lógica parecía descargarse de los lastres de la semántica y del campo psicológico. Este hecho catapultó el interés de los filósofos de la ciencia hacia la búsqueda de un procedimiento mecánico de prueba idéntico para la lógica inductiva. Con este algoritmo para la lógica inductiva el método científico estaría libre de fisuras, la algoritmización de la lógica deductiva y de la lógica inductiva habría de significar, en principio, la reconstrucción total y completa de la racionalidad. Este gran impulso lógico – formal topa con la imposibilidad de lograr una lógica inductiva completa. Se han logrado formalizar parcialmente, pero incluso este campo parcial formalizado exige una elección de notación entre los especialistas, y no pocas veces suscita controversias meta – lingüísticas en la axiomatización. Es decir, necesitamos emitir juicios de razonabilidad sobre la posible adecuación de la formalización no pasibles de ser a su vez, formalizadas.

Putnam cree que en estos hechos pueden intuirse la genealogía tanto del positivismo lógico como del anarquismo metodológico, en uno en el éxito fregeano en la

formalización de la lógica deductiva de primer orden, en otro en el fracaso en la búsqueda del algoritmo para la lógica inductiva. Por supuesto, recrear el nacimiento de las tendencias teóricas aludidas requiere considerar otros factores coadyuvantes; sin embargo, esta intuición genealógica puede considerarse como un esbozo aproximado que Putnam ha rastreado en el humus cientifista reductivo tanto del positivismo como del anarquismo. Obviamente, un esquema conceptual que pretende definir la racionalidad mediante un modelo ideal de factura computacional ha bebido abundantemente de las corrientes tecno – científicas altamente desarrolladas. Un esquema conceptual que define la racionalidad como reglas compartidas institucionalmente en una determinada comunidad socio – cultural queda alimentada por corrientes de factura antropológica. Ambas analíticas conforman dos muestras reductivas de aproximación a la noción de `racionalidad ´, dos formas inválidas de proceder si deseamos, con Putnam, una reconstrucción equilibrada de la racionalidad no metabolizada por metaforizaciones, ya sean cientifistas ya sean antropologistas.

La tecno – ciencia juega un rol relevante para la especie pero no debe "momificar" los intereses fundamentales del conocimiento humano: la descripción de la racionalidad equilibrada y reflexionante. El ideal de cientificidad inspirado en el periodo decimonónico ha generado entre otros factores adicionales que no se aludirán, la creencia (tan falaz como injustificada) de que la psicología descubrirá (algún día) el algoritmo neural que describa, de una vez por todas, la racionalidad. Dejando hablar a Putnam : "No voy a discutir aquí las esperanzas que los lingüistas chomskianos han despertado en algunos, las esperanzas en que la psicología cognitiva descubrirá algoritmos innatos que definan la racionalidad. Yo mismo pienso que es una moda intelectual que acabará decepcionándonos ..." (14).

En otro lugar afirma plástica e irónicamente la siguiente conclusión (debidamente sopesada a lo largo las jugosas conferencias John Locke): "La moraleja no consiste en que no podamos estudiarnos a nosotros mismos sino que en la práctica , y según mi argumentación muy posiblemente también en principio no podemos estudiarnos de la manera que estudiamos los átomos de hidrógeno" (15).

Putnam hereda de Vico (1688 – 1744) la idea de maximizar al interpretado su rasante de humanidad, estamos en condiciones de comprender la conducta de los otros, su `Ciencia Nueva ´ es un reacción contra criterios de certeza claros y distintos, lo humano

pulula en una realidad histórica no subsumible en proyectos algorítmicos, ni en idearios socio-políticos . VALE ATQUE VALE .

Batería de notas ejercitadas :

1. Putnam, H. : Razón, verdad e historia . Trad. J.M. E. Cloquell . Tecnos , Madrid (1981) pág., 116 .
2. Putnam, H. : Razón, verdad e historia . Ob. cit. pág., 116 .
3. Putnam, H. : Razón, verdad e historia . Ob. cit., pág. 120 .
4. Davidson, D.: Mente, Mundo y Acción. Int. Trad. Carlos Moya. Piados, Barcelona 1992, pág. 90.
5. Davidson, D.: Mente, Mundo y Acción. Ob. cit. pág. 91.
6. Wittgenstein, L.: Investigaciones Filosóficas. Trad. A. García Suares y U. Moulines. U.N.A.M Crítica - Grijalbo. Barcelona 1998
7. Putnam, H. : Razón, verdad e historia . Ob. cit. pág. 123.
8. Putnam, H. : Razón, verdad e historia . Ob. cit. pág. 127.
9. Goodman, Nelson;: Maneras de hacer mundos.(186-187)

10. Putnam, H. : Razón, verdad e historia . Ob. cit., pág. 131.
11. Putnam, H. : Razón, verdad e historia Ob. cit. ,págs. 186 –187.

12. Putnam, H.: El significado de las ciencias sociales . Trad. Ana Isabel Stellino. U.N.A.M. 1991, pág 112.

13. Putnam, H. : Razón, verdad e historia . Ob. cit. ,pág. 133.

14. Putnam, H.: El significado de las ciencias sociales . Ob. cit., pág. 93.

15. Putnam, H. : Razón, verdad e historia . Ob. cit., pág. 238 .